

## **LA CASA PIRANIEGA DE AURORA**

Ya eran más de las cuatro de la tarde y el calor apremiaba. Preparada ya con mi short, bañador y toalla me dirigí al paseo de La Rambla a refrescarme.

El caserón donde vivía desde hacía apenas dos semanas era bastante fresco lo que en esta época del año era de agradecer, pero necesitaba una buena reforma, las comodidades eran muy limitadas; así que decidí no tomarme la situación de forma explosiva evitando entrar en algún tipo de estado de histeria y aprovechar esta situación anómala e inusual para tomarme un paréntesis en mi vida y aprender a disfrutar más de mi forzada soledad y de los espacios que este peculiar pueblo me brindaba.

Mi historia más reciente comienza hace un año y cuatro meses, exactamente el 18 de abril del 2019, cuando mi residencia estaba en Valencia. Allí crecí junto con mis padres y mi abuela materna Librada. Toda mi vida fue cómoda y tranquila allí, sin grandes pretensiones, pero sin carencias, hasta aquel fatídico día que truncó mi vida para siempre y donde empecé a descubrir una historia de mi familia que desconocía.

Era jueves, yo estaba en la universidad cuando sonó mi teléfono móvil, concretamente en clase de historia del arte; lo tenía en modo vibración, así que no presté atención, pero el teléfono vibraba de forma insistente. Miré con disimulo y el número era de una extensión larga. Me disculpé y salí de clase. La llamada era del Hospital. Mi abuela había sufrido un infarto, y al trasladarla mis padres de urgencia al hospital habían sufrido un accidente mortal. Ninguno de los tres sobrevivió.

Del resto casi no me acuerdo pese a que hace poco más de un año que sucedió. Se celebró el funeral, llegué a casa y todo estaba igual, como si mi familia fuese a aparecer en cualquier momento, algo que nunca sucedería.

Así que desde ese instante estaba sola, acompañada de mi dolor, de mis recuerdos y poco más. Soy una chica muy responsable y estudiosa, pero un poco cohibida a la hora de relacionarme con otras personas, así que amigos apenas tengo, algún compañero de la universidad con quien hacer trabajos de grupo y poco más.

Fueron pasando los días, y fui adaptándome poco a poco a mi nueva vida, a mi nueva normalidad.

Meses después me encontraba aburrida de mí misma y enfrascada únicamente en mis estudios de historia, y así pasaban los días, encontrándome sola, en un piso repleto de buenos recuerdos, donde no me atrevía a tocar prácticamente nada, donde era imposible pasar página.

Uno de tantos días en que me amparaba en mi letargo, el teléfono sonó sorprendiéndome en sobre manera, nadie volvió a llamar desde ese día, únicamente tenía comunicación por los grupos de WhatsApp de la universidad.

Era de la compañía de decesos, para explicarme el tema de la herencia de mis padres. Al parecer tenían todos los servicios contratados en la póliza. La chica de la compañía, muy correcta, me derivó a un abogado para arreglar todos los papeles. A las cinco de la tarde quedé con el Sr. Cano, en su despacho de la Avenida Francia. Y pese a todas las previsiones hubo sorpresa. Era la heredera universal del testamento de mis padres (hasta ahí era normal ya que soy hija única), pero el contenido del testamento sí que no me lo esperaba. Había heredado todas las pertenencias de mis padres y de mi abuela: el piso donde vivo con el contenido, el garaje, el trastero, un monovolumen familiar declarado siniestro total, veintidós mil euros que tenían ahorrados, ¡y una casa pinariega en un pueblecito de Soria! ¿cómo podían tener una casa en Soria y yo no saberlo! Jamás había oído hablar de ella, jamás me habían llevado allí... estaba muy confusa.

Pasaron meses hasta que toda la documentación quedó en regla y escriturada, con la consiguiente merma económica a los ahorros de mis padres.

El curso finalizó y tenía todo el verano por delante para llorar y comparecerme de mí misma. Sin nada que hacer, ociosa, sin mis estudios que fueron mi consuelo en los peores momentos, sin saber como encauzar mi vida, el verano no presagiaba nada bueno.

Bajé a comprar al super del barrio, abrí el buzón y había carta para mí del Ayuntamiento de San Esteban de Gormaz en Soria. Se me instaba a reparar el

tejado ya que caían cascotes a la vía pública y podía herir a alguien. Creo que fue en ese momento donde mi mente reaccionó.

No me había preocupado de nada que tuviera que ver con la herencia; me sorprendió heredar una casa en Soria, pero mi mente había bloqueado toda inquietud por nada que no fuera mi carrera de historia. Y eso es justamente lo que despertó mi curiosidad, lo que me hizo despertar de mi letargo. Tenía un objetivo, averiguar la historia de mi familia, porque algo había que yo desconocía y nadie me quiso contar.

El 20 de agosto cogí mi viejo coche y mi maleta y emprendí camino a San Esteban de Gormaz.

Como buena historiadora que pretendía ser, me informé sobre el pueblo al que me dirigía, en principio por tiempo indefinido y me llevé una grata sorpresa. Se trata de un pueblecito de origen medieval, con multitud de monumentos como el puente de los 16 ojos, el Arco la Villa y un espectacular castillo, consolidado como una fortaleza medieval, formando parte de una de las Puertas de Castilla, lo que me resultaba fascinante. Sin poder desconectar de mis estudios, decidí que el proyecto de fin de carrera lo podría dedicar a la riqueza histórica y monumental de aquel misterioso pueblo, al menos misterioso para mí.

Salí el martes a las siete de la mañana, me gusta madrugar. Son poco más de cuatro horas de trayecto, por lo que sobre las doce del mediodía podría estar allí, suponiendo que parara a descansar, cosa que no solía hacer.

Era la primera vez en mi vida que hacía algo tan intrépido. Iba con la escritura de la casa, una casa de la que no tenía llave, de la que no conocía su estado, aunque sí sabía que caían cascotes del tejado, por lo que podría no ser una casa habitable; cuanto más cerca estaba de llegar, más dudas me asaltaban. En el peor de los casos San Esteban de Gormaz contaba con varios hoteles y multitud de casas rurales, en algún sitio me podría hospedar.

Eran las doce menos cuarto cuando entré con mi coche por la avenida principal del pueblo. Tenía que localizar la calle Herradores. Según el navegador del móvil estaba cerca del río Duero. La incertidumbre se apoderaba de mí, y tras varios intentos fallidos encontré la calle y la casona. Estacioné mi vehículo en un

recoveco de la calle, y estupefacta me planté frente a la enorme y antigua puerta de madera que daba acceso a mi desconocida casa. No sabía qué hacer, debía de llamar a un cerrajero, eso ya lo había previsto, pero estaba tan hipnotizada con la casa que no podía pensar con claridad. Era una vieja casona, mejor conservada de lo que yo esperaba. La fachada era enorme, tenía un balcón con una barandilla de hierro que debía de valer una fortuna. Observé que el balcón presentaba daños en el alero, lo que posiblemente causara los desprendimientos de los que había dado cuenta el Ayuntamiento.

- Hola bonita ¿necesitas algo?

La voz de una señora me sobresaltó. Me giré hacia ella y observé a una mujer muy mayor, con la cara arrugada, el pelo blanco recogido en un moño y con un delantal a cuadros que me miraba con sus pequeños ojos negros colmados de curiosidad.

- ¡Eres tú! – Gritó la mujer cuando me giré hacia ella. - ¡Tienes sus mismos ojos! ¡Eres la nieta de Salvador!

Yo palidecí, no había conocido a mi abuelo, no sabía de dónde me venía esa casa, y esa señora mayor parecía tener más información que yo sobre mi vida, sobre mi familia y por ende sobre mi historia.

- Soy Elvira- se presentó la mujer- era muy amiga de tu abuelo, se rumoreaba que tuvo una hija, pero nadie supo que pasó. Lamenté mucho su fallecimiento hace cinco años, pero a nuestras edades ya se sabe. Tuvo una buena vida.

Tras un incómodo silencio, en el que yo trataba de asimilar toda la información que esta anciana me proporcionaba tan atolondradamente, la anciana prosiguió con su monólogo:

- Supongo que habrás venido por la casa, la verdad que necesita unos arreglos se está haciendo vieja como yo jeje. La he estado cuidando estos años con la ayuda de mi hermana Guillermina, esperando que viniera alguien a reclamarla, y por fin has llegado tú.

Entonces empecé a reaccionar, si esta señora ha estado cuidando de la casa es de esperar que tendrá llave.

-Hola Elvira, yo soy Aurora y he heredado esta casa, pero no dispongo de llaves para poder entrar ¿me podía dejar las tuyas por favor? – Decidí no darle más información de la necesaria, tenía mucho en qué pensar.

La mujer sonrió y sorprendentemente salió a toda prisa hacia su casa mostrando una tremenda agilidad para su avanzada edad, tardando escasos minutos en volver con una enorme llave de hierro en la mano, mostrándomela con orgullo.

La amable señora se ofreció a ayudarme a instalarme en la casa. Aunque lo cierto es que no me apetecía nada entablar conversación con nadie tuve que claudicar al entender que yo no tendría la habilidad suficiente para manejarme en una casa tan antigua y grande.

Con gran destreza abrió la enorme puerta de la casa, giró a la derecha y puso los plomos. Seguidamente encendió la luz del enorme zaguán. Con paso rápido abrió dos habitaciones que quedaban a ambos lados del zaguán y levantó las persianas.

La luz iluminó toda la estancia, era enorme y estaba sorprendentemente limpia y bien amueblada.

La señora me miraba mostrando su orgullo por lo limpia que se encontraba la casa, y con mucha paciencia me enseñó toda la vivienda, con detalles tan importantes como donde estaba la llave del agua, así como todo lo imprescindible para poder empezar a vivir en ella.

Me disculpé con la mujer con el pretexto del cansancio, prometiéndole que si necesitaba algo la llamaría, al fin y al cabo, íbamos a ser vecinas.

Una vez sola en mi vieja casona, suspiré y me acomodé en la habitación de la derecha. Me imponía una casa tan grande, y la planta de arriba estaba más desordenada. Tenía que organizarme, empezaba a tener hambre y solo llevaba un paquete de rosquilletas y una botella de agua demasiado caliente.

Salí a la calle casi a hurtadillas para evitar que la Sra. Elvira me viera. Encontré un supermercado no muy lejos y compré lo imprescindible para pasar el día. Debía de comprar una nevera como mínimo, pero con el sistema eléctrico tan antiguo dudé que eso fuera una buena idea.

Vi una tienda de electrodomésticos y decidí entrar a echar un vistazo, saliendo de allí con una nevera de gas comprada, que me traerían esa misma tarde.

El pueblo era bonito y parecía cómodo. Paseando llegué al río Duero, lo que me provocó gran satisfacción, el olor, el contacto de una ligera brisa que corría por mi piel, el color del agua, el verde de los prados... ese lugar me inspiraba paz. Decidí ampliar mi paseo, y ante mis ojos apareció un precioso puente medieval, cruzando el río. Había una zona de recreo y decidí hacer un descanso y recrearme en ese lugar tan hermoso, que yo desconocía y tan cerca de mi vieja casa estaba.

El resto del día lo dediqué a ordenar la casa y familiarizarme con ella. No le faltaba detalle, tenía vajillas, cubiertos, ropa de cama, muebles antiquísimos, preciosas lámparas de araña... y todo estaba muy bien conservado y cuidado, aunque el enorme patio interior necesitaba un buen toque de jardinería, y a la casa le vendría bien una mano de pintura, por no hablar de la instalación eléctrica que debería de cambiar.

Pero ¿por qué nadie le había hablado de su abuelo? Le dijeron que había muerto. ¿Por qué su abuela Librada había vivido siempre con ellos? ¿Por qué nadie le había hablado de esa casa? Muchas preguntas sin contestar, a las que debía dar respuesta, pero eso sería mañana, hoy necesitaba descansar.

Al día siguiente me desperté tarde y de muy buen humor. Hacía mucho tiempo que no dormía tanto y tan bien. Ya tenía víveres en la nevera, por lo que me tomé un zumo para desayunar y unas galletas. Ese día me propuse comenzar mi investigación y averiguar todo lo concerniente a mi abuelo, a esa casa y a mi familia. Registré cada rincón de la casa. Había resguardos del banco de mi abuelo, alguna foto de él pescando con unos amigos en el río, (era un hombre muy guapo, fuerte y con ojos azules como yo), pero no encontré nada que suscitara mi interés, nada que me diera una pequeña pista sobre lo que ansiaba saber.

Decidí salir a dar un paseo, y me llegó un intenso olor a pan recién hecho. No pude resistirme y crucé la calle, localizando un horno tradicional del que emanaba aquella mezcla de olores a harina y canela. Me acordé de las pobres

galletas con las que había desayunado y me prometí ir cada mañana a por el desayuno recién hecho.

Había preguntado en la tienda de electrodomésticos por un albañil para subsanar la caída de cascotes, y esa tarde iban a mirarlo. Había observado también varias deficiencias en la vivienda que requerían arreglo si pretendía pasar allí algún tiempo. Aprovecharía para arreglarlo todo, aunque debería de empezar a pensar en buscarme un empleo.

Poco a poco me acostumbré a estar allí, a pasear por el pueblo, a disfrutar del río que tan fresquito está en estas fechas tan calurosas, a admirar sus monumentos y a empezar a planificar en mi mente mi ansiado proyecto de fin de carrera; incluso simpatiqué con mi vecina Elvira y su hermana Guillermina, quedando en domingo a comer con ellas en su casa donde cocinaron ajo carretero para comer, una típica comida de la zona que está riquísima.

Durante la comida las hermanas me pusieron un poco al día de los chismes del pueblo, cosa que nada tenía que ver conmigo, pero de la que pretendía extraer su jugo para obtener información sobre mi familia.

Finalmente salió el tema que a mí me interesaba, cuando empezaron a divagar entre sus recuerdos, y ahí se resolvió el enigma.

Según me contaron las hermanas, mi abuelo estaba casado con una rica señora de Soria, con la que no tuvo descendencia. El matrimonio no era muy bien avenido; mi abuelo no quería dejar el pueblo para ir a vivir a la ciudad, pero la señora no se adaptaba a la vida en el pueblo, por lo que poco a poco el matrimonio se distanció hasta hacer vidas separadas. Entonces mi abuelo conoció a mi abuela que fue a pasar unos días allí con sus padres. Tuvieron una relación esporádica, cosa que por aquel entonces estaba muy mal vista, y más estando él casado. Al cabo de unos días mi abuela volvió a Valencia con sus padres. A partir de ahí se rumorea que siguieron escribiéndose y que ella estaba embarazada. Él reconoció al bebé (a mi padre) pero jamás se volvieron a ver, porque ese reconocimiento puso en evidencia a la gran señora quien se aseguró de que nada se supiera en el pueblo, mediando un pacto de silencio, ya que era una mujer de familia muy influyente. Finalmente, la señora falleció, y mi abuelo

recibió de herencia únicamente la casa pinariega donde vivía, la que ahora es mi casa.

El rumor queda confirmado al llevar yo el apellido de mi abuelo, y al haber heredado su casa, además del importante parecido físico entre los dos.

Son las cuatro de la tarde, vuelvo a La Rambla, voy a bañarme al río. Tengo la mente en paz, ya se el por qué tengo una casa pinariega en San Esteban de Gormaz, ya se porque el destino me ha llevado hasta allí.

Ahora tengo que resolver mi vida. La señora Elvira me sugirió que hablara con la chica de la oficina de turismo, que allí podría encontrar trabajo como guía-historiadora, y aunque al principio me pareció una locura, reconozco que cada vez me atrae más la idea de quedarme en el pueblo. Estoy cómoda y tranquila, y no tengo recuerdos que me atormenten cada día. Además de la universidad de Soria al pueblo hay menos de una hora, si alquilara el piso de Valencia, y consiguiera algún trabajo podría tirar para adelante.

Definitivamente este pueblo me ha cautivado, ha llegado septiembre, ya estoy matriculada en la universidad de Soria, preparando mi proyecto de fin de carrera, planificando la reforma de mi casa, trabajando los fines de semana en la oficina de turismo y entre semana en la escuela de adultos dando clases de historia. Creo que he encontrado mi lugar. Esta es mi casa.

FIN